



Centro de Estudios Internacionales para el Desarrollo

www.ceid.edu.ar - admin@ceid.edu.ar
Buenos Aires, Argentina

LA OLA REVOLUCIONARIA ÁRABE DE 2011; UNIDAD EN LA DIVERSIDAD DE UN PROCESO EN MARCHA

18/11/2011

Reinaldo Sánchez Porro*

Pese a la multitud de analistas, periodistas, investigadores y expertos que en centros especializados de todo el mundo monitorean los acontecimientos del Medio Oriente, aún caben las grandes sorpresas. Nadie previó que un suicidio aislado, sin nada que ver con las lamentables inmolaciones terroristas que los extremistas han hecho comunes, pudiera recordarnos el principio dialéctico de que los pequeños cambios van acumulándose imperceptiblemente hasta que la gota colma el vaso y sobreviene un salto cualitativo.

El 17 de diciembre de 2010 Mohamed Bouazizi, al prenderse fuego en protesta contra el gobierno de Túnez, puso en marcha un poderoso movimiento de solidaridad y desacato ("Todos somos Mohamed Bouazizi") que al sobrevenir su muerte ya había ganado las calles y plazas de su país. Pero lo más importante fue que, además, también había captado la atención maravillada de todo el entorno árabe que contempló fascinado como las manifestaciones multitudinarias, venciendo el miedo ante la represión, fueron ganando profundidad día a día hasta que el ejército determinó la partida de Zine el Abidine Ben Ali.

* *Universidad de La Habana.*

Desde entonces la calle y las plazas árabes, país por país, fueron testigos de la expansión de la ola reivindicadora y vivieron el protagonismo de las masas populares en lucha abierta por el cambio y la democratización. La caída de la dictadura tunecina fue la chispa que se volvió incendio al desencadenarse en Egipto, eje histórico del mundo árabe, la revolución del 25 de enero que, al costo de 846 muertos -cazados por la policía y francotiradores del gobierno- terminó por derrocar a Mubarak y a su corrupta tercera república en 18 días de valientes manifestaciones populares. Así se demostró que las autocracias de la región no eran una fatalidad y podían caer incluso en el país más poblado y con el mayor ejército entre los árabes.

Toda la región contempló como el poder del Rais se fue esfumando ante las movilizaciones masivas que forzaron las declaraciones de desentendimiento creciente del presidente Obama (del inicial "seguiremos trabajando con él" hasta el epitafio de que "debe escuchar la voz de su pueblo"), o las de su vice o su secretaria de Estado. Solo el dictador no lo quería ver y se aferraba al poder, fingiendo fortaleza por televisión e inventando complots extranjeros -fórmula muy repetida y siempre posible o creíble en el área-, cambiando ministros o prometiendo aumentos de sueldo a funcionarios y pensionados mientras ya ardía la sede de su partido. Hasta que, por último, la cúpula militar se reunió sin él el 10 de febrero y al día siguiente su vice comunicó que Mubarak entregaba el poder al Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas, en particular al Mariscal Tantawi, su ministro de defensa.

Entonces, del Mar Rojo al Atlántico y desde el Golfo Pérsico al Mediterráneo se fue extendiendo imparable la esperanza.: el 27 de enero se inició la rebelión en Yemen contra la obstinada dictadura de Alí Abdaláh Saleh que aún se mantiene masacrando a sus oponentes y al día siguiente, el viernes 28, tras las oraciones, Jordania vivió protestas masivas contra el premier Samir Rifai y en demanda de reformas políticas y económicas; el 12 de febrero fue prohibida la manifestación convocada por una denominada Coordinadora Nacional para el Cambio y la Democracia en Argelia, tras un primer intento fallido el 22 de enero pero el gobierno anunció cambios y el cese del estado de emergencia tras 19 años de vigencia; el 14 de febrero se extendieron las protestas a Bahrein por parte de la comunidad chía y partidos sunni de oposición y al día siguiente se inició el controvertido proceso de Libia cuando los familiares de los presos islamistas aniquilados en la cárcel de Abu Salim salieron en manifestación en protesta por la detención de su abogado Fathi Terbil y fueron reprimidos severamente mientras se alzaban varias tribus de Cirenaica y grupos de islamistas armados ocupaban varias ciudades. El domingo 20 de febrero tenía lugar la primera manifestación

pacífica en Rabat, Marruecos, al costo de 5 muertos y 128 heridos, degenerando en disturbios e incendios y nuevas protestas que llevaron a Mohamed VI el 9 de marzo a prometer reformas constitucionales que sometió a referéndum el 1 de julio. El 25 de febrero se conocieron algunas protestas en el oriente de Arabia Saudí, el área del petróleo y de la comunidad chií en que pedía la liberación de presos sin juicio y se llamó a un Día de la Ira el viernes 11 de marzo que fue duramente reprimido, especialmente en el oasis de Qatif; el 26 de febrero estallaron las manifestaciones en Omán que se extendieron por tres días por lo que el sultán Qabus cambió el gabinete y se comprometió a otras reformas, y el 15 de marzo comenzaron los reportes de manifestaciones y choques en ciudades sirias que el gobierno atribuyó a grupos armados en el exterior generando otra situación contradictoria.

Todo el proceso resultó clara evidencia de la vitalidad de la nación árabe, que no era una pasada consigna de los nacionalistas sino una identidad viva con miras comunes pese a las notables diferencias de estado a estado. Por primera vez en la historia contemporánea de la región no eran los golpes de estado de los militares - rebautizados como "revoluciones" para sumarse el apoyo popular- los que tomaban la iniciativa de derrocar a los regímenes caducos sino la movilización decidida de centenares de miles de personas que ponían a los ejércitos en un dilema: reprimir o sumarse para contener y conducir el torrente. La plaza Tahrir, sede y símbolo de la rebelión caiota, se multiplicaba en muchas otras, y comenzaban los bautizos al proceso: "primavera árabe", "ola de cambios", "ofensiva popular democrática" y hasta "complot imperialista", según fuera el punto de mira y el grado de información.

Todas las tendencias y corrientes empezaron a atribuirse la paternidad del espontáneo movimiento. Los islamistas lo veían como parte o variante de su revolución islámica, los liberales destacaban sus manifestaciones no violentas, los partidos tradicionales aspiraban a dirigirlos a su usanza, las feministas a hacerse de un espacio y la golpeada izquierda, por voz de Samir Amin, soñaba con encaminarlo al socialismo del siglo XXI mientras Occidente buscaba encuadrarlo en su modelo único de democracia. La gente quería mas justicia social y participación, menos miseria y exclusión y era unánime en su voluntad de derrocar al gobierno pero estaba dividida en cuanto a lo que quería para el futuro, cada cual con su proyecto.

Israel comenzó a perder terreno, a ver retirarse los pocos embajadores del área y Washington se preocupó al no ver nada claro su papel en ese porvenir en formación, mas cuando hasta los moderados declaraban que "la revolución egipcia ha cambiado las relaciones USA-

Egipto para siempre” (El Sayed Amin Shalabi). Entonces llegó el momento de actuar más abiertamente contra la ola y Occidente pasó, en palabras de James Petras, a “lanzar una contraofensiva, y pusieron a la junta militar en el poder en Egipto, un pequeño recambio en el gobierno de Túnez, apoyaron a Arabia Saudí en la invasión de Bahrein, apoyaron a Ali Abdullah Saleh en Yemen y en esa contraofensiva se incluye la invasión de Libia”. Esta intromisión desde mediados de marzo, canalizada mediante la OTAN en favor de los enemigos de Gadafi hasta su derrocamiento y muerte ocho meses después, ha viciado en algunos la visión de la ola revolucionaria, pero no ha podido abortar al proceso en sí, que continúa provocando cambios sucesivos en la región como la reforma constitucional de julio en Marruecos, la caída de gabinetes o premieres en varios países, o la suma de militares a la oposición como en Yemen.

La manipulación de los acontecimientos, la selectividad en la concentración de los ataques de los Media de USA y la UE en la satanización de unos (Gaddafi, Bashar Al Assad) y el dejar hacer a otros (los monarcas de Arabia Saudí o Bahrein) son tan reales como la voluntad imperial de controlar los acontecimientos desde los centros del poder globalizado hasta determinar quién debe caer y quién debe mantenerse. Pero eso no puede hacernos olvidar que los árabes siguen considerándose en revolución, por variados que sean sus propósitos y que solo a ellos corresponde calificar la intensidad de la conmoción socio-política que están viviendo. Salvando las distancias, se puede recordar que la intervención norteamericana en Cuba en 1898 derivó en una república con enmienda pero no por eso dejaron de ser revolucionarios los mambises.

Sin embargo, a la larga ¿quién saldrá beneficiado de estos cambios? Para la siria Samar Yazbek “la sombra de los islamistas planea sobre las manifestaciones”; pero conviene aclarar que esta tendencia, identificada por muchos como “Islam político” por su rigorismo y vuelta a las fuentes originales, no es homogénea y ahora se presenta bajo diferentes opciones, matices y modos de actuar. Durante más de un cuarto de siglo los grupos islamistas más radicales fueron incapaces de liberar a los pueblos árabes de siquiera uno de sus gobiernos “impíos” mediante la violencia, y en su extremismo esos jihadistas han matado casi tantos musulmanes como Occidente en sus guerras del siglo XXI.

En cambio los levantamientos populares, desatados por sectores considerados mayormente laicos, derribaron dos dictaduras en solo un mes, y el proceso no ha concluido. Ahora bien, nadie puede negar que los partidos islamistas más o menos moderados del área, en su diversidad, con su experiencia y habilidad, sean la fuerza mejor

organizada para actuar en la legalidad que ahora van logrando tras décadas de represión. Solo las trampas electorales les han impedido formar ya gobierno en países como Marruecos o Jordania, por no hablar del país del Nilo. Nuevamente Turquía puede resultar un modelo para los árabes, como lo fue en tiempos del secular Ataturk para los nacionalistas del Medio Oriente, aunque ahora en sentido bien diferente bajo el gobierno demócrata-islamista del AKP (Partido Justicia y Desarrollo).

Pero las sorpresas no han acabado y se repiten por dónde empezaron. En Túnez, bajo los 36 años de gobierno de Bourguiba tanto como bajo los 24 años de Ben Ali la represión de la corriente islamista (Movimiento de la Tendencia Islámica, devenido desde 1989 en Partido del Renacimiento -En Nahda) había sido realmente aplastante y se le consideraba aniquilada. Ese era el mérito mayor, sobre todo de Ben Ali, a los ojos de Occidente, su "activa represión del fundamentalismo". Pero cuando se produjeron las primeras elecciones de la primavera árabe el domingo 23 de octubre, a la Asamblea Constituyente, este país reputado como el más occidentalizado y hasta afrancesado del Magreb, votó en un 40% por En Nahda. Ahora Rachid Gannouchi, un islamista moderado que es el dirigente histórico de esa fuerza política, negocia con los demás partidos (ninguno alcanzó más de 15%) la formación de un gobierno de transición. Si la libertad electoral tuvo este resultado en uno de los países más laicos del mundo árabe ¿Qué puede ocurrir en los demás donde hace años que se aprecia una re-islamización de la sociedad y un reverdecimiento de la fe como el que reclama el Papa de los europeos, cada vez más post-cristianos?

Egipto, de retorno a la centralidad regional perdida desde Nasser, puede ser de nuevo clave y ejemplo mediante el resultado de las próximas elecciones parlamentarias del 28 de noviembre (Asamblea Popular) y del 29 de enero de 2012 (Consejo de Shura). A ellas concurrirán los islamistas con la Hermandad Musulmana tras el Partido Libertad y Justicia, y el Wasat (Centro) con o sin el apoyo de los Salafistas del Partido Nour (Luz) y hasta de los Sufíes, todos por separado o en grandes alianzas partidarias. La expectativa es grande y ya no pueden ser contenidos mediante el re-diseño de las circunscripciones electorales como le pasó al Partido Justicia y Desarrollo en Marruecos en 2007, menos ahora en que, tras el efecto "En Nahda", algunos les vaticinan el triunfo con 60% de los votos o más.

Pero nadie puede predecir con exactitud lo que sucederá en el país del Nilo ni el resultado final de las revoluciones populares en el área pero, parafraseando a Rafael Correa, parece evidente que el mundo árabe, más que en una época de cambios ha entrado en un cambio de

época. Una vez destrabada la maquinaria política nunca se sabe qué fuerzas pueden desatarse ni a dónde pueden conducir los cambios; los que convocaron a los Estados Generales en Francia no tenían en mente la perspectiva jacobina, ni los que hicieron la revolución de febrero de 1917 en Rusia soñaron jamás con la de Octubre. La primavera árabe puede muy bien tornarse en primavera islamista, y evidenciar que el camino a una democracia autóctona puede pasar por el Islam. Los pueblos árabes tienen la opción, la palabra y la acción, pero, por el momento, parecen estar pasando de las calles a las urnas.